

Ernesto Castro

ÉTICA, ESTÉTICA Y POLÍTICA  
Ensayos (y errores) de un metaindignado

arpa



## SUMARIO

PROEMIO: LA LECHUZA DE ARGANZUELA	13
-----------------------------------	----

### ESTÉTICA

Pero... ¿hay precariedad en el mundillo del arte contemporáneo?	23
Una historia de las cartelas de los museos	42
El estudio y el escritorio del artista	53
Artistas emergentes y artistas sumergidos	59
¿Qué es la arquitectura especulativa?	71
La policía y el arte relacional	89
El arte español frente la herencia del franquismo	96
Objeciones de un pajillero ante el posporno	108

### ÉTICA

Antihumanistas, transhumanistas y poshumanistas	123
El liberalismo y los derechos humanos	129
¿Acaso los pitagóricos eran veganos?	142
Exterminar a los carnívoros: la Solución Final animalista	150

¿Es posible una zoofilia no patriarcal ni machista?	174
Las feministas y la misandria: el caso de Valerie Solanas	182
El aborto desde un enfoque antiespecista	192
¿A favor o en contra de los toros?	199

#### POLÍTICA

¿El fin de la historia o el fin de la geografía para los marxistas?	209
La psicologización de la política por parte del marxismo cultural	225
El atentado de las tetas contra Theodor W. Adorno	239
La performativización del género en el feminismo reciente	252
Apostillas al populismo teórico de Ernesto Laclau	257
Una crítica a la antropología económica de Karl Polanyi	281
Reflexiones acerca de la comunidad de los idiotas	290
El golpe de Estado del 23F como ciencia ficción política	301

*A mi padre,  
de quien aprendí el oficio.*



«Yo no soy de los que confunden la ética con la estética, que sería tanto como confundir la gimnasia con la magnesias, según el dicho vulgar. Pero estimo que ningún hombre, aunque sea artista, puede estar desinteresado de la justicia».

JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ





**PROEMIO:**  
**LA LECHUZA DE ARGANZUELA**

Nacho el Loco es toda una institución en mi barrio. Yo le conocí antes de que adelgazara por culpa de la droga. Tenía dos o tres años más que nosotros, los alumnos de mi curso en el IES Juan de la Cierva, lo cual era una eternidad para nosotros. Entonces yo estaba en segundo o tercero de la ESO y mi única afición memorable era arrancar logos de coches. Salía del instituto con unas tijeras en la mano e iba arrancando todos los logos de coche con los que me cruzaba de camino a casa. En el armario de mi cuarto tenía una caja llena de haches de Honda, rombos de Renault y anillas de Audi. Los tenía de todas las marcas salvo de aquella que conducía mi madre: un Volkswagen. Y digo «madre» no por feminismo y ringorrango lingüístico, sino simplemente porque mi padre no tiene carné de conducir y, de sus tres hijos, ninguno de nosotros ha desentrañado los misterios de la palanca de cambio de marchas. En mi familia, la conducción —la *Führung*, que diría Martin Heidegger— es algo estrictamente maternal.

El caso es que conocí a Nacho el Loco mientras yo estaba intentando arrancar la mirilla de un Mercedes imprudentemente aparcado al aire libre en el barrio de Arganzuela.

«Déjalo, Lechuza, que no lo vas a conseguir», me dijo nada más verme. No me indignó ni me ofendió el apodo que me acababa de poner. Esto era 2005, antes de las redes sociales. Una compañera de nuestro instituto había fallecido un año antes, en el atentado del TIM, y a nadie le había importado un carajo. A pocos metros de donde yo estaba intentando arrancar aquella mirilla mercediana, en el parque de Peñuelas, habían apuñalado mortalmente a un chaval una semana antes, durante un altercado entre los Latin Kings y los Ñetas, y a nadie le había importado un carajo. En 2005, en mitad de la guerra contra el «eje del mal» y de las reyertas entre bandas callejeras de origen sudamericano, a nadie le importaba un carajo lo que sintieras, si es que eras capaz de sentir algo en absoluto. Así que no me indignó ni me ofendió que Nacho el Loco me apodase «Lechuza». ¿Por qué no? Tengo unos ojos saltones, circundados por unas ojeras de nacimiento, circundadas a su vez por una cara blanquita y hasta cierto punto cóncava. Nacho el Loco tenía razón: parezco una lechuza.

De hecho, Nacho el Loco no estaba loco. Simplemente hablaba demasiado alto, demasiado rápido, demasiado enfático. Tenía la manía de acordarse del nombre de todo el mundo, un atributo muy molesto en una época en la que a nadie le importaba nada un carajo. Andar por la calle junto a Nacho el Loco era como acompañar a una guía telefónica con piernas y acento cañí. «¡Hombre, Mariano, cuánto tiempo!»; «¿Qué tal, doña Luisa, cómo van las varices?»; «¿Qué pasa, Potter? ¡No te mates a pajas!». Si Nacho el Loco estaba loco era porque él se acordaba de ti y tú no de él. Su locura consistía en ser extremadamente sociable en una de las épocas más sociofóbicas que ha conocido nuestra historia reciente.

Años más tarde, a comienzos de la década de 2010 —después de que yo consiguiera milagrosamente aprobar la ESO y el bachillerato, al mismo tiempo que Nacho el Loco entraba en una espiral de repeticiones de curso y de crímenes de

poca monta—, nos cruzamos por la calle delante del Museo Reina Sofía. Él me reconoció *ipso facto*:

—Pero bueno, Lechuza, ¿cómo te trata la vida?

—Ahí vamos —respondí azorado—. Justo ahora me pillas volviendo de un congreso de estética.

—De estética, ¿eh? —preguntó para sus adentros—. Eso es lo de las tetas y la manicura, ¿no?

No quise contradecirle. No iba tan desencaminado.

—¡Hay que ver cómo te lo montas, Lechuza! Seguro que el congreso ese estaba petao de pivas.

—Pues no me he fijao...

—¿Cómo que no te has fijao? —Me miró de arriba abajo—. Pero ¿a ti te gusta la carne o el pescao? A ver: muéstrame las manos.

Se las mostré. Nada del otro jueves. Las típicas manos mordidas de escritor. Con las uñas cortas para escribir cómodamente a máquina. Desde entonces, siempre que me he pintado las uñas de colores he pensado qué diría Nacho el Loco si me las viera. Entonces solo pudo balbucir lo siguiente:

—No hay quien te entienda, Lechuza. Andas en esto de la estética, pero no por la manicura ni por las tetas. ¿Entonces por qué, tronco?

Eso mismo me lo he preguntado yo durante años. La respuesta más rápida es que mi padre trabaja como profesor de estética, comisario de exposiciones y crítico de artes plásticas. Desde que soy pequeño he asistido a inauguraciones de ferias, museos y galerías, desarrollando una tolerancia natural hacia la pretenciosidad y la corrupción del arte contemporáneo, a la vez que aprendiendo a estimar su carácter lúdico y su intensidad teórica. Más tarde, a los 17 años, cuando empecé a escribir poesía, los escritores que más me fascinaban eran los que estaban próximos a las teorías estéticas recientes. Ese debió ser el motivo de que me matriculara en la carrera de Filosofía en la UAM, con la mala pata de

que prácticamente a ninguno de mis profesores le interesaba el pensamiento de Walter Benjamin, Slavoj Žižek o Eloy Fernández Porta, por mencionar solo a tres de mis referentes intelectuales de entonces. Los ensayos que escribí en esa época, durante la licenciatura, se recopilaron en *Un palo al agua: ensayos de estética*, cuyo título —dicho sea de paso— hace referencia a mi obsesión neoliberal por «ser productivo» y «no perder el tiempo». El título de mi segundo libro no hace otra cosa que llamarme vago<sup>1</sup>.

Mi primer libro, por el contrario, fue una revuelta contra todo eso. Contra la estética y contra el neoliberalismo. *Contra la postmodernidad* fue un panfleto filosófico redactado al pie de la Acampada Sol en el que abogaba por abandonar el culturalismo de la filosofía posmoderna al mismo tiempo que apostaba por «un marxismo sin modales que sepa expresar, del modo más vulgar y naif posible, las demandas de la gente»<sup>2</sup>. Impulsado por el Movimiento 15M, estuve dando palos de ciego —no sé si al agua o al fuego— durante el resto de 2011. Me hice vegetariano, me inscribí en Economía por la UNED, doné todo mi dinero a luchar contra el hambre en Etiopía y a fundar una biblioteca hípster, robé un montón de libros en grandes superficies comerciales, me manifesté en contra de las juventudes del papa, me multaron por hacer un grafiti político en la fachada de un Banco Santander, asistí a varias reuniones de Juventud Sin Futuro e Izquierda Anticapitalista. Estuve haciendo soberanamente el ganso.

La única decisión buena que tomé ese año fue matricularme en el máster de Filosofía Analítica de la Universidad

---

1 Véase Ernesto Castro, *Un palo al agua: ensayos de estética*, Micro-megas, Murcia, 2016.

2 Ernesto Castro, *Contra la postmodernidad*, Alpha Decay, Barcelona, 2011, pág. 24.

de Barcelona por recomendación del marxista —con o sin complejos, ya da igual— Antoni Domènech. Llegué a la capital de Cataluña el 10 de septiembre de 2012, la víspera de la primera Diada explícitamente independentista, y durante el resto del curso académico me refugié en la biblioteca de la Pompeu Fabra a descargarme ilegalmente de internet *papers* en inglés sobre marxismo analítico, justicia distributiva y economía del bienestar. John Roemer, Derek Parfit y Kenneth Arrow se convirtieron en mis héroes intelectuales durante ese semestre. Cuando regresé a Madrid en el verano de 2013, estaba tan cansado de leer y escribir sobre funciones de utilidad, óptimos de Pareto y principios maximin que decidí volver a dedicarme a ese periodismo cultural con pretensiones filosóficas que tanto había despreciado en *Contra la postmodernidad*. Durante los siguientes dos años hice todo lo que pude como periodista. Escribí columnas de opinión sobre el *trending topic* del día, coordiné varios congresos de intelectuales y pensadores, presenté un programa semanal de entrevistas en la radio, reseñé libros que no me había leído y exposiciones de arte a las que no había asistido, me recorrí toda España para hacer una biografía que aún no he terminado. Estuve haciendo soberanamente el ganso.

No me centré hasta que obtuve una beca para hacer el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid y empecé a leer a Gustavo Bueno —el filósofo que más me ha influido en toda mi trayectoria intelectual— y descubrí que escribir no era lo mío. En septiembre de 2015 empecé a grabar audiovisualmente mis clases, conferencias y entrevistas y, desde entonces hasta el día de hoy, probablemente haya más horas de mi cara en YouTube que páginas publicadas con mi firma. Soy, lo quiera o no, un *youtuber*. La reciente publicación de mi tesis doctoral sobre el realismo poscontinental y de mi libro sobre la escena urbana española, dos tochos de más de cuatrocientas páginas cada uno, no cambia ni un ápi-

ce mi condición youtubera, pues ambas obras han sido precedidas y seguidas por multitud de vídeos en los que se des-tripa su contenido<sup>3</sup>. A nadie se le escapa que YouTube es la nueva imprenta, que la lectura de libros en formato código cumple cada día un papel más residual en la formación y el entretenimiento de los habitantes del siglo XXI; pero, a pesar de todo, a pesar de saber a ciencia cierta que escribir no es lo mío y que leer no es lo nuestro, que no es lo que nos toca hacer en este siglo, algunos de nosotros —yo que te escribo y tú que me lees— seguimos empeñados en perder el tiempo con estas dos actividades improductivas. Algunos de nosotros seguimos empeñados en pegarle palos al agua.

Esta obra que estás leyendo es, de algún modo, una continuación de aquel palazo que se le dio al agua en 2016. Al igual que aquel, este libro es una selección y reescritura de algunos de los ensayos que he compuesto en los últimos tiempos, ya no durante la licenciatura, sino una vez terminada esta, a lo largo de toda la década de 2010. Como acabo de escribirte y me acabas de leer, esta ha sido una década muy tormentosa y fluctuante para mí, y así son también los ensayos que aquí se contienen: peleones y cada uno de su padre y de su madre. Los hay cortos y afilados («La policía y el arte relacional»; «¿Es posible una zoofilia no patriarcal ni machista?»; «El golpe de Estado del 23F como ciencia ficción política»). Y los hay largos y sesudos («¿Qué es la arquitectura especulativa?», «El liberalismo y los derechos humanos», «¿El fin de la historia o el fin de la geografía para los marxistas?»). Pero todos ellos tienen algo de mí y de esta década en la que tan soberanamente he estado

---

3 Véase Ernesto Castro, *El trap: filosofía millennial para la crisis en España*, Errata Naturae, Madrid, 2019; *Realismo poscontinental: ontología y epistemología para el siglo XXI*, Materia Oscura, Segovia, 2020.

haciendo el ganso, pero también leyendo y escribiendo, hablando y escuchado a los demás, intentando ponerme en sus ideas como si fueran sus zapatos, adoptando posiciones razonables y buscando su reducción al absurdo, abogando por las ideas incómodas por encima de las heredadas, mostrando la intersección entre tres campos teóricos y prácticos aparentemente tan alejados entre sí como son la ética, la estética y la política. «¿Quién lo hubiera pensado?»: esa es la pregunta que quiere despertar cada uno de los ensayos que componen este libro.

A la hora de seleccionarlos y reescribirlos no me he visto tentado a adecuar lo que en ellos se dice a lo que yo pienso actualmente sobre sus respectivos temas porque, insisto, el objetivo de mi escritura ensayística nunca ha sido exponer lo que yo pienso o dejo de pensar, sino lo que resulta contraintuitivo pero fascinante de argumentar dado un cierto sistema de pensamiento. Como se puede ver a poco que se mire el índice de esta obra, los sistemas de pensamiento que más me han influido —o, mejor dicho, a partir de los cuales ha sido más divertido y peligroso argumentar en contra de mis propias convicciones— han sido el marxismo, el feminismo y el antiespecismo, que curiosamente se consideran parte de la hegemonía cultural y lo políticamente correcto. El caso es que los tres son sistemas de pensamiento con una clara apuesta ética, estética y política sobre temas tales como la interrupción del embarazo («El aborto desde un enfoque antiespecista»), la tauromaquia («¿A favor o en contra de los toros?») y la demagogia («Apostillas al populismo teórico de Ernesto Laclau»). Entre otras muchas cosas, este libro se puede leer como una presentación y a la vez cuestionamiento de dichas apuestas marxistas, feministas y antiespecistas.

Una de las estrategias argumentativas más recurrentes de este libro consiste en discriminar entre distintos campos de valores potencialmente antagónicos, en afirmar que la

ética, la estética y la política no tienen por qué estar siempre de acuerdo. La pospornografía puede tener un gran valor ético y estético al mismo tiempo que ser absolutamente impotente en términos políticos («Objeciones de un pajillero ante el posporno»). La reinscripción de especies depredadoras en entornos naturales tendrá sentido desde el punto de vista de cierta ecología política, pero no de cierta ética antiespecista («Exterminar a los carnívoros: la Solución Final animalista»). La sociología no se puede reducir a la psicología, del mismo modo que lo político desborda siempre lo ético («La psicologización de la política por parte de los marxistas culturales»).

Algunos «lectores solapados», de los que se quedan en las solapas de los libros, pensarán que la relación que quiero establecer entre la ética, la estética y la política es la misma que hay entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Allá ellos. En el fondo, la portada de este libro es un guiño a Nacho el Loco. Yo sé que él no diferencia muy bien entre la lechuza de Minerva y la paloma de Cristo, entre el ave de la filosofía y el pajarraco de la religión. Igual que muchos no diferencian muy bien entre la ética y la estética. O, como dice José Díaz Fernández en el epígrafe de este libro, entre la gimnasia y la magnesia. Va por ustedes, maestros.

Vegas de Matute  
27 de enero de 2020